

S/ El Señor esté con vosotros.

T/ Y con tu Espíritu.

S/ El Señor os bendiga y os guarde.

T/ Amén.

S/ Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

T/ Amén.

S/ Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

T/ Amén.

S/ Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

T/ Amén.

- A continuación celebraremos la Eucaristía -



Celebración del Tránsito de
Ntro. P. San Francisco

1. Canto: Evangelio vivo

Fui trovador, me llamaban Francisco,
cantaba alegre en las noches de Asís,
más ya no quiero cantar a Rolando,
ni las proezas del gran Amadís.

Fui descubriendo un camino distinto,
sentí en mi alma un vacío total.
No quiero amores que pasan y mueren,
hoy sólo canto a mi Rey inmortal.

YO QUIERO SER EVANGELIO VIVIENTE,
ABANDONARME EN TUS BRAZOS, SEÑOR.
SER COMO UN NIÑO QUE JUEGA O SE DUERME,
MIENTRAS SU PADRE LE ENVUELVE EN AMOR. (bis)

2. Saludo del sacerdote

S/ En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

T/ Amén.

S/ El Señor esté con vosotros.

T/ Y con tu Espíritu.

-nos sentamos-

Narrador: Conocido esto, se congregó una gran muchedumbre, que bendecía a Dios, diciendo:

Lector 1: «¡Loado y bendito seas tú, Señor Dios nuestro! ¡Gloria y alabanza a ti, Trinidad inefable!»

Narrador: En alabanza de Cristo. Amén.

-nos ponemos de pie-

7. Oración final y bendición

S/ Oremos:

Te suplicamos, Señor,
que la fuerza abrasadora y dulce de tu Amor
absorba de tal modo nuestra mente,
separándola de todas las cosas,
que muramos por amor de tu Amor,
ya que por Amor de nuestro amor
te dignaste morir.

Tú que vives y reinas
en la unidad del Espíritu Santo
y eres Dios, por los siglos de los siglos.

T/ Amén.



Canto: estribillo “entre los hombres servidores sed...”

ENTRE LOS HOMBRES SERVIDORES SED,
PUES YO, EL MAESTRO, LO HE HECHO CON VOSOTROS.
OS LO ASEGURO: FELICES SERÉIS.
MUY PRONTO TODO VÁIS A COMPRENDER. (bis)

Narrador: Ordenó luego que le pusieran un cilicio y que esparcieran ceniza sobre él, ya que dentro de poco sería tierra y ceniza.

Estando reunidos muchos hermanos, de los que él era padre y guía, y aguardando todos reverentes el feliz desenlace y la consumación dichosa de la vida del Santo, se durmió en el Señor.

(gesto: se depositan diez flores y diez velas a los pies de S. Francisco, mientras se canta: Rosas de Sangre)

Canto: Rosas de sangre

ROSAS DE SANGRE HAN FLORECIDO,
REVIVEN EN TU CUERPO LA PASIÓN,
FRANCISCO, DE AMOR ESTÁS HERIDO,
LAS MANOS, LOS PIES Y EL CORAZÓN.

1. Tus manos que acogen a los pobres
y parten tu pan con el mendigo,
yo quiero también amar a todos,
¡ya puedes, Señor, contar conmigo!

2. Sembrando la paz y el bien caminas,
y yo, sembrador, iré a tu lado.
En ti el Evangelio es carne viva,
y Cristo otra vez crucificado.

3. Monición inicial

“Lorado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal”. Caía la tarde del 3 de octubre de 1226. Era sábado, como hoy. Francisco, moribundo, se esfuerza en unir su voz a la de sus hermanos. Había entonado el salmo 141. La dulce hermana muerte vino a su hora. Era la voz de Dios y llamaba su puerta. Recordemos y celebremos ahora su Tránsito de este mundo al Padre, démosle gracias a Dios por la vida de San Francisco y su mensaje, y pidámosle que desde el Cielo sea nuestro mejor intercesor y guía. Escuchemos ahora el relato de la muerte de San Francisco.

4. Lectura de la muerte de S. Francisco

Narrador: Habían transcurrido ya veinte años desde su conversión. Quedaba así cumplido lo que por voluntad de Dios le había sido manifestado... Había descansado ya unos pocos días en aquel lugar, para él tan querido; conociendo que la muerte estaba muy cercana, llamó a dos hermanos e hijos suyos preferidos y les mandó que, espiritualmente gozosos, cantaran en alta voz las alabanzas del Señor por la muerte que se avecinaba, o más bien, por la vida que era tan inminente. Y él entonó con la fuerza que pudo aquel salmo de David.



Monitor: rezamos el salmo que tenemos en la hojita a dos coros, comenzando por el coro del ambón.

A voz en grito clamo al Señor,
a voz en grito suplico al Señor;
desahogo ante El mis afanes,
expongo ante El mi angustia,
mientras me va faltando el aliento.

Pero tú conoces mis senderos,
y que en el camino por donde avanzo
me han escondido una trampa.

Mira a la derecha, fíjate:
nadie me hace caso;
no tengo adónde huir,
nadie mira por mi vida.

A ti grito, Señor;
te digo: "Tú eres mi refugio
y mi lote en el país de la vida".

Atiende a mis clamores,
que estoy agotado;
líbrame de mis perseguidores,
que son más fuertes que yo.

Sácame de la prisión,
y daré gracias a tu nombre:
me rodearán los justos
cuando me devuelvas tu favor.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Narrador: Entre los presentes había un hermano a quien el Santo amaba con un afecto muy distinguido; era él muy solícito de todos los hermanos; viendo este hecho y sabedor del próximo desenlace de la vida del Santo, le dijo:

Lector 1: «¡Padre bondadoso, mira que los hijos quedan ya sin padre y se ven privados de la verdadera luz de sus ojos! Acuérdate de los huérfanos que abandonas y, perdonadas todas sus culpas, alegra con tu santa bendición tanto a los presentes cuanto a los ausentes».

Narrador: Respondió el santo:

Lector 2: «Hijo mío, Dios me llama. A mis hermanos, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas y, en cuanto yo puedo, los absuelvo; cuando les comuniqués estas cosas, bendícelos a todos en mi nombre».

Narrador: Mandó luego que le trajesen el códice de los evangelios y pidió que se le leyera el evangelio de San Juan desde aquellas palabras:

Sacerdote: Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.

Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros.